La historia de Colombia sobre una bicicleta. Tributo al papel del ciclismo en el devenir de un país

Egan Bernal y los hijos de la cordillera. Viaje al país de los escarabajos
GUY ROGER
KATERINA SIERRA FIODOROVA (traducción)
Laguna Libros, Luna Libros, Bogotá, 2021, 352 pp., il.

COLOMBIA ES atravesada por tres cordilleras que definen su topografía, pisos climáticos, fauna y flora, así como a sus habitantes: "los hijos de la cordillera". De forma muy acertada, Carlos Vives apunta en el prólogo del libro *Egan Bernal y los hijos de la cordillera. Viaje al país de los escarabajos*, de Guy Roger, que son estas las que esculpen las piernas de los ciclistas (p. 12). En una entrega que trasciende el recuento de hechos concretos y cifras –sin excluirlas, claro está–, Guy Roger se aventura en el periodismo literario y, mediante crónicas, perfiles y entrevistas, esboza una mirada a la realidad colombiana en la cual el ciclismo se convierte en motivo para abordar aquellas características que perfilan la vida de un país: precariedad, pobreza, humildad del campesinado; violencia, política, corrupción y narcotráfico; los absurdos, la cuestionable estructura legal, las esperanzas y la práctica noticiosa.

El libro, lleno de anécdotas memorables y humanas, y de figuras literarias como los textos enmarcados, da una aproximación muy completa al ciclismo colombiano y su incidencia en el deporte a nivel mundial. Con la historia y los perfiles de los corredores, hace evidente un origen común marcado por la pobreza, las necesidades y los entornos rurales (p. 86). Nairo Quintana rodaba en sus inicios en una vieja y pesada "panadera", que montaba para arrear tres vacas e ir al colegio dos veces al día, a 16 kilómetros de distancia. El ciclismo como ocupación se convierte en una salida a las "labores de muerto de hambre" (p. 143) o los "trabajos de supervivencia" (p. 158), la única opción frente a un presente y un futuro de necesidades: "[...] provenientes de familias pobres, tienen una infancia miserable y una oportunidad en un millón de poder ganarse la vida en una bicicleta" (p. 157).

Las penurias económicas no son el único común denominador de los ciclistas, y el lector se hace consciente del estrés físico y las dificultades de salud a los que se enfrentan los corredores. No son estos unos seres privilegiados por sus condiciones de salud. Egan confiesa: "Tengo una pierna más larga que la otra. Eso hizo que tuviera escoliosis [...] y un disco de una vertebra alcanza a pinchar un nervio que irriga el glúteo" (p. 72), dolencia que le aqueja y que no tiene solución. Rigo presenta crisis de asma, Chaves también debió recibir asistencia respiratoria durante un mes al nacer, y de una carrera salió con múltiples fracturas que implicaron rehabilitaciones lentas y tortuosas. A Cochise, un compañero de equipo le rompió una costilla al lanzarle una manzana, y el caso más impactante es el de Mauricio Soler, quien perdió el control de su bicicleta y terminó con 22 fracturas, trauma craneoencefálico severo, coma inducido y retiro definitivo del deporte.

Se muestra así la realidad de los ciclistas, su entrega más allá de la cordura y la propia salud, de su autopreservación, todo ello por pasión y por necesidad, tanto que Miguel Ángel López, "Supermán", compite aún después de que, por robarle la bicicleta, lo apuñalaron dos veces en el muslo derecho, lo que desembocó en nueve puntos quirúrgicos y una incapacidad a la que claramente no atendió.

Si bien el libro continúa exponiendo los inicios del ciclismo como deporte en Colombia, a través de sus protagonistas, plantea cuatro hipótesis cruciales: 1) el deporte en relación con la realidad política y la violencia en Colombia; 2) el desarrollo del periodismo deportivo gracias al ciclismo colombiano; 3) la incidencia inestimable de la introducción de corredores colombianos en el panorama europeo de competencia deportiva, y 4) la marcada religiosidad de los competidores que lleva a Roger a hablar de la trilogía "hombre-montaña-religión" (p. 276).

En primer lugar, cabe señalar el rol del ciclismo colombiano como distractor o alivio a una realidad política problemática y cuyo futuro se perfila oscuro:

> La finalidad de aquella primera Vuelta a Colombia [en 1951] es darle un nuevo aire a una población azotada por la guerra de los Mil Días y que se encuentra de nuevo confrontada a otra guerra civil. Todavía no lo sabe: ese nuevo conflicto armado bautizado "La Violencia" dejará más de trescientos mil muertos y se prolongará hasta 1960. (pp. 132-133)

Todo esto en medio de absurdos, como que los corredores tuviesen que saludar a los generales en los valles y a la guerrilla en las montañas (p. 135).

Así como sus inicios –según Roger– tuvieron como motivación una estratagema política para cambiar el foco de atención puesto en la violencia, su desenvolvimiento nunca se separó de una problemática que incluye corrupción y narcotráfico. A los catorce años, Rigo sufrió la muerte de su padre a manos de paramilitares, Martín Alonso Ramírez recibió un trofeo del grupo guerrillero M-19; Lucho Herrera fue secuestrado por las FARC-EP; Pablo Escobar y su hermano Roberto fundaron Ositto Ltda., una manufactura de bicicletas que servía de fachada para el dinero de la cocaína, así como un equipo profesional que convertía a los ciclistas en mulas; José Beyaert, entrenador nacional, se adentró en el comercio clandestino y el mundo de los traficantes de esmeraldas.

El ciclismo profesional no escapa a la realidad del país, aun cuando fuese inicialmente formulado como escapatoria de esta. La obra de Roger, en cuanto retrato que no se ocupa solamente de la cara amable del deporte sino de todo aquello que ha marcado su desarrollo, adquiere mayor validez e importancia. En un medio en el cual confluyen el narcotráfico, las salidas rápidas y la miseria, se hace más sencillo entender por qué emerge el dopaje en el ciclismo profesional colombiano; jóvenes ávidos de salir adelante se entregan a un uso indiscriminado de sustancias que afectan su salud, pero que prometen un mejor desempeño. Al fin y al cabo, el Código Penal del país no desaprueba su uso ni su comercialización (p. 292).

Junto a la relación política-ciclismo se encuentra otra bellamente expuesta en el libro, aquella urdida con el periodismo deportivo colombiano y su auge con cada transmisión radial y en vivo de las hazañas de los escarabajos. El periodismo deportivo evoluciona al ritmo de los ciclistas, se imponen formas para hacer de la noticia materia de interés: los apodos que reciben los jugadores; los "gorriones" que se suben a los postes telefónicos para restablecer una conexión inestable en las transmisiones (p. 283); la forma cantada y exaltada de narrar, por la cual "cuando desembarcan en las carreteras del Tour de Francia en los años 1980, los narradores colombianos [...] se vuelven la atracción del público" (p. 283). En Colombia, el periodismo deportivo se nutre de los triunfos en ciclismo y, en gran medida, le debe a estos su evolución; luego migra hacia el fútbol, siguiendo los pasos e intereses de los patrocinadores (p. 223).

El ciclismo colombiano, además de ser un bálsamo frente a los conflictos internos, en palabras de Roger, una "distracción sobre dos ruedas" (p. 133), también tiene un papel estratégico en el ciclismo europeo, que se encontraba "atascado en lo convencional, en el inmovilismo" (p. 173). El Tour de Francia tuvo que recurrir a su mundialización para seguir en pie y dejó caer las barreras entre profesionales y aficionados (p. 182) al permitir la participación de soviéticos, estadounidenses y, en 1983, de los colombianos. Fue entonces cuando la historia tomó la forma de un engranaje perfecto, como de piezas de un reloj que coinciden con precisión y posibilitan la continuación de todos los involucrados, nacional e internacionalmente. Las relaciones que vislumbra Guy Roger dan al lector una mirada panorámica y un entendimiento mayor de todo el fenómeno deportivo.

La idiosincrasia colombiana también toma fuerza en las crónicas del libro que resaltan la religiosidad de los ciclistas, tanto que se funda un equipo religioso: Los Ciclistas de Jesucristo (p. 278). En un contexto de violencia, afanes y penurias, el deporte, así como la religión y por momentos el periodismo deportivo, obran como paliativos y alicientes para continuar con el diario vivir.

Esta obra es un claro ejemplo de periodismo juicioso, aquel que va directo a las fuentes, que se vale de testimonios reales y diversos estilos para informar sobre una realidad, con anexos que podrían hacer las veces de infografías periodísticas. En su edición colombiana, la obra no cuenta con el acervo fotográfico de la original francesa, pues hacía inalcanzable esta apuesta editorial, de por sí muy atrevida, por parte de dos editoriales independientes colombianas en medio de la pandemia. Cuenta, sí, con el prólogo de Carlos Vives, al cual Roger hace un guiño, al final del libro, que estimula al lector a devolverse sobre las páginas, recién termina su lectura, para retomar el prólogo. Este resalta el tributo a aquellos que "luchan contra la injusticia" (p. 19); a sus fundaciones, como la de Esteban Chaves, dedicada a niños con problemas ortopédicos, y a la formación de jóvenes ciclistas, los receptores finales de los beneficios que, por la venta de la obra, correspondían a su autor, Guy Roger.

Melisa Restrepo Molina